
DISCURSO XII.

Dolores de Maria Santísima. ⁽¹⁾

*Stabat juxta Crucem Jesu, Mater ejus.
(Sanct. Joan, XIX, 25.)*

TAN íntimamente unidos se encuentran el Paraíso y el Calvario, que nos es imposible separarlos cuando se trata de discurrir acerca de los acontecimientos más trascendentales del universo; y como éstos sean, á no dudarlo, la caída del primer hombre y la suspirada redención del linaje humano, de aquí el que á nosotros nos sea también imposible elevar la mente á Jesucristo sin ocuparnos del prevaricador Adán; y que si nos afligen y atormentan y preocupan las desventuras que atrajo sobre nosotros nuestra madre Eva, encuentren ellas su remedio y nosotros nuestra esperanza en la persona de Maria.

Y ¿qué cosa más tierna, qué contemplación de mayor utilidad que aquella que nos lleva á considerar todas las bondades, todas las grandezas y todas las misericordias del Sér Supremo en favor de las criaturas, como comprendidas, como reunidas en un solo corazón inmaculado, heróico, centro común de hermosa vida, corazón de una Madre que ha de triunfar de las miserias á que nos arrastró aquella otra madre que nos legó por herencia el pecado, y con el pecado la muerte? Pues hé aquí, señores, lo que está llamando irresistiblemente nuestra atención en el acto académico de la presente mañana; y el ingenioso recurso de que la Providencia se vale para reanimar en nosotros el sentimiento de la gratitud.

No se contentó ésta con señalarnos á Maria como Madre de

(1) Plática que sobre el mismo asunto, y según reglamento, pronuncié en la Academia de la facultad de sagrada Teología el día 1.º de Mayo de 1862.

Jesús, sino que desde los primeros actos de su vida nos la representa como Madre de los hombres. No es sólo Jesucristo el que ha de cargar con el peso de tantas iniquidades y realizar la redención del mundo; es Maria la que también ha de llevar, y con razón, el título de co-redentora de la humanidad. No ha de estar solo Jesús, náufrago en el inmenso piélago de sus dolores, agonizando en medio de tormentos desgarradores y muriendo víctima de suplicios incalculables, nó; Maria Santísima ha de estar á su lado, fluctuará con Él en un océano de angustias, y morirá, sin acabar de morir, víctima venerable de inconcebibles dolores.

Esto es de lo que nosotros vamos á ocuparnos: vamos á considerar en este breve rato á Maria Santísima colocada al pié de la Cruz, sufriendo reunidos en un solo dolor todos los dolores pasados y presentes en que la abisma la Pasión de su Santísimo Hijo: vamos á considerar *lo que son y de qué manera afligen á la Señora estos dolores, y la parte que toman en ellos, nó los que le crucificaron entónces, sino los pecadores y los malos cristianos que en los tiempos venideros le habian de crucificar.*

Los dolores de Maria Santísima al pié de la Cruz, después de haber visto despojar de sus vestiduras á Jesús, renovarse sus heridas, desfigurado y cubierto de polvo y de sudor aquel rostro que es el embeleso de los cielos y de la tierra: después de haber visto aquel cuerpo extendido con inaudita crueldad en el sacrosanto madero, y de haber escuchado aquel estremecimiento que heló su corazón de espanto cuando el suplicio se dejó caer en el hueco de una peña; los dolores de Maria viendo á Jesús agonizando y muriendo, son para el entendimiento inconcebibles y para la lengua inexplicables. Tenemos, sin embargo, que no detenernos aquí: hemos de pasar á investigar cuáles son y cómo atormentan estos dolores el corazón de Maria Santísima.

Son, en primer lugar, dolores *naturales*; porque muy natural es que Maria Santísima padezca como madre á vista de los tormentos con que es afligido su Hijo como hombre: y en este sentido, siendo Jesús el hijo más hermoso y más amado entre los hijos nacidos de mujer, y siendo Maria la Madre más perfecta y más amante entre y sobre todas las madres del mundo, sus dolores, como naturales, adquieren una intensidad tan espantosa, son elevados á un grado tan admirable, que, al considerarlos, no queda á la mente humana otro recurso que enmudecer y adorar.

Son dolores *sobrenaturales*, porque, íntima conocedora, sábiamente instruida en todos los grandes misterios de la divinidad de Jesucristo, recobraban y se revestían estos sufrimientos de todas las condiciones y caracteres de la ofensa que se infería á Dios en la segunda persona de la Beatísima Trinidad, encarnada en sus entrañas; era la ofensa sobrenatural, debían ser, pues, los dolores sobrenaturales.

Los dolores de María Santísima cuando como una estatua de mármol contemplaba, puesta al pié de la Cruz, á Jesús crucificado, eran real y verdaderamente dolores *corporales*. Y en la acepción estricta de esta palabra, la influencia y los efectos de estos dolores llegaban á un grado de acerbidad á que no ha llegado el padecimiento de ninguna criatura. María Santísima, por un privilegio especial, padecía, no sólo en el corazón y en el alma, sino en todo su cuerpo, los tormentos de Jesús; y siendo el dolor el efecto de una sensación desagradable, producida en nosotros por la impresión de un cuerpo extraño; y siendo ésta más vehemente y aguda cuanto es más pronunciada y exquisita la delicadeza de nuestros órganos, ¿qué deberémos calcular de los dolores de María viendo padecer á su Hijo? Aquí tenemos que buscar el apoyo de la Escritura y el de los Santos Padres, como canales de la verdad no escrita, únicos que pueden decirnos alguna cosa.

La Escritura, los Evangelistas, los historiadores de Jesucristo guardan el más profundo silencio; y el Discípulo amado, testigo presencial de los martirios de Jesús y compañero inseparable de su Madre, se contenta con decirnos que estaba junto á la Cruz de Jesús: *Stabat juxta Crucem Jesu*. Rasgo único, pero rasgo brillante y propio del Espíritu Santo, con que parece que el Evangelista retrata todos los dolores de la Virgen Santísima: *Stabat*. «Estaba:» esta sola palabra parece que tiene por significación verdadera decirnos que María estaba, pero no al pié ni junto á la Cruz de su Hijo; nó á mayor ó menor distancia, ni en posición humilde ni con las manos levantadas al cielo. *Stabat*. «Estaba.» Parece que lo que exclusivamente quiere decir es que María estaba crucificada con Jesucristo en el mismo madero. Y siendo así, ved ya todos los dolores del Hijo reflejados en el corazón de la Madre.

Si estudiamos los Santos Padres, hablando de esta materia, os dirán: San Buenaventura con Ricardo de San Víctor, que María padece más que el Redentor, porque éste padece los dolores repartidos en el cuerpo, y María Santísima los sufre reunidos en el alma. San Bernardino de Sena, estático en la contemplación

de las penas de la Señora, asegura que estos dolores son tales, que si entre todas las criaturas se repartiese la más mínima parte, todas sucumbirían. San Bernardo afirma que los dolores de María la hacen más que mártir, porque ofreciendo la vida de su Hijo, dá más que si diera su propia vida. San Basilio nos advertirá que sufre la Señora un dolor que supera al de todos los mártires como el sol excede á todos los astros en hermosura y en resplandores. San Ildelfonso los clasifica como dolores que exceden á todos los padecimientos reunidos; y, por último, escribe un devoto contemplativo, son dolores que se aumentaban con la mútua compasión del Hijo y de la Madre.

Y así y todo, no está en lo dicho, señores, toda la intensidad, toda la vehemencia y toda la razón de ser de los dolores de María Santísima, reunidos en el que padece al pié de la Cruz. *Juxta Crucem Jesu*. Consiste en la cualidad altísima que distingue á estos dolores; cualidad que consiste en ser eminentemente *espirituales*: y nó espirituales porque los padezca exclusivamente en el espíritu, sino por lo altísimamente espiritual que es la causa que los produce. Efectivamente; Jesús no es sólo martirizado, no es crucificado por aquellos verdugos representantes del poder de las tinieblas; escuchad al historiador-profeta Isaías y él nos dirá que Jesucristo ha sido herido por nuestras iniquidades y hecho pedazos por nuestros pecados. *Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras; attritus est propter scelera nostra* (1). Crucifican á Jesucristo no sólo los judíos: sufre por los pecadores: se vé circundado de una horrible agonía nó por sus enemigos presentes, sino por sus enemigos futuros; nó por los que le desconocen, sino por los que le conocen; nó por los que sin saber quién es le ofenden, sino por los que le ofenderán en lo sucesivo, sabiendo y confesando que es Hijo de Dios vivo: nó por los que le crucifican una sola vez, sino por los que le crucificarán una y otra y muchas veces, según el lenguaje del Apóstol. *Rursúm crucifigentes sibi metipsis filium Dei*. (2)

Pues este dolor, espiritualísimo por excelencia, que atormenta al Hijo, es ni más ni ménos el mismo dolor que acongoja cuerpo y alma, potencias y sentidos de nuestra Santísima Madre. Ella ha entregado á Jesús al mismo tiempo que Jesús se ha entregado voluntariamente. *In manus peccatorum*. En manos de los pecadores: Ella se ha ofrecido obediente á padecer, al mismo tiempo

(1) Isaías, cap. LIII, vers. 5.

(2) Ad Heb, vi, 6.

que Jesus se ha hecho obediente por nosotros hasta morir en una cruz. Jesucristo es crucificado corporalmente por todos los pecados que habian de cometerse en el mundo hasta el fin de los siglos: Maria Santisima identificada en el padecer con Jesucristo, con el Hijo de sus entrañas, es crucificada, pero espiritualmente, por todos y por cada uno de los pecados que, ya cometidos se dibujan en su soberana inteligencia.

Dedúcese de aquí una consecuencia muy desgarradora, sí, pero muy instructiva y muy saludable para nosotros: y es que cuando pecamos, renovamos de una manera más execrable la crucifixion del Salvador; y que como resultado indispensable renovamos y aumentamos los dolores de la Mujer inmaculada que tan dignamente desempeña el papel de co-redentora del mundo. Crucifican á Jesus y acibaran los dolores de su Madre los que pecan contra la Fe, contra la Esperanza y contra la Caridad. Crucifican á Jesus y aumentan los dolores de Maria Santisima los soberbios y los ambiciosos, los deshonestos y los iracundos, los incontinentes y los envidiosos, los perezosos y descuidados en el servicio de Dios.

Pero los que de un modo tristísimamente especial contribuyen al aumento de los dolores de Maria Santisima son los pecadores reincidentes y los escandalosos; aquéllos por la dureza de su razon, y éstos porque se constituyen en agentes y procuradores de los demonios: aquéllos por no querer despojarse de las enfermedades de su alma, y éstos porque son lepra contagiosa para el alma de todos los demás: aquéllos porque son enemigos irreconciliables de Jesucristo y de sí mismos, y éstos porque son enemigos irreconciliables de Jesucristo, de sí mismos, y además de sus prójimos, á quienes escandalizan. ¿Y es cierto, me preguntaréis acaso, señores, es cierto que hay pecadores reincidentes y escandalosos? ¡Ah! ¡Plugiera al cielo que nunca los hubiera! Pero regístrese la historia de todos los siglos y de todos los tiempos; estudiemos las costumbres de todas las naciones y de todos los pueblos; penetremos en el corazon de las sociedades en general, y de las familias y de los individuos en particular; y en mayor ó menor escala, ¿qué encontraremos? Reincidencias y escándalos.

Es más; reconcentrémonos en el secreto de nuestra conciencia, examinemos nuestra conducta, y si es verdad que nadie aparece justificado en la presencia de Dios, no podremos ménos de confesar que, crucificando á Jesucristo una y otra vez con las transgresiones de la ley, aumentamos tambien de una manera muy injusta los dolores de Maria. Si es así desgraciadamente, reforme-

mos en lo que sea necesario nuestras costumbres, arreglemos nuestra vida, y despues de haber cumplido con los deberes que la ley de Dios nos impone, alcanzaremos una muerte verdaderamente cristiana, y acompañados de Jesus y de Maria, invocando sus dulcísimos nombres, despues de Ella tendremos la incomparable dicha de alabarlos, bendecirlos y glorificarlos con el Padre y con el Espiritu Santo en las mansiones de la gloria. Así sea.

